

Silvia Rey

Hoy parece un día como cualquier otro, pero en realidad no lo es. Es día de cosecha. Como cada año, recogemos las manzanas que luego el patrón vende en el mercado. Somos hombres y mujeres, campesinos de una aldea al sur de España. Vivimos época de escasez y pestes, por lo tanto, estamos agradecidos que nuestro patrón nos dé casa y comida por el trabajo en el campo. Es el año de 1.345. Mi nombre es Antonia y soy cabeza de familia. Tengo dos hijos, una de nueve y el otro de siete. ¿Que por qué soy cabeza de familia? En realidad la respuesta es muy simple: soy viuda. Cuando tenía quince años mis padres me obligaron a casarme con Félix, un vecino de la familia, pobre como yo, pero haragán como ninguno. Después de dos años sin quedar preñada conocí a Luis, el hombre que me alegró el alma. La historia que les voy a contar sucedió hace mucho tiempo; sin embargo, en mi pequeño mundo interior, su recuerdo se ha quedado estacionado como el agua estancada de una laguna, sin presente, pasado, ni futuro.

Era un día de cosecha, como hoy. Yo me desperté, como de costumbre, a las tres de la mañana. Miré a mi alrededor y observé el manto oscuro de la noche que se alejaba lentamente para darle paso al alba. Félix dormía todavía. El podía dormir media hora más mientras yo preparaba el

desayuno. Mayra, mi hija de dos años de edad, sonreía soñando probablemente con algún angelito.

Salí al patio y encendí la leña. Preparé el café, cuyo aroma me tranquilizaba los sentidos. Félix despertó con su habitual mal humor.

-¡Ey, mujer! ¿Ya está el desayuno?

-Ya casi...

-Apúrate que hoy nos toca “rajarnos” todo el día.

Le serví el café y el pan duro de la semana pasada. Félix trató de comer el pan, pero casi se le quiebra un diente. Se volvió a mí y me abofeteó para desfogar su ira. Caminé hacia la puerta y me gritó antes de salir:

-¡No te quedarás comadreando con tu mamá o con las vecinas! El patrón va a estar dirigiendo la cosecha.

Agaché la cabeza aceptando su mandato y sintiendo el dolor del golpe en la mejilla tan fuerte que me invadía hasta en las entrañas. Envolví a mi hija en una manta y la llevé a la casa de mi madre. La pobre vieja ya había iniciado su día de labor tejiendo lana.

-Es una manta para la patrona, dijo, y bajando el tono de voz, agregó: – pero si me sobra lana puedo hacer unos calcetines para Mayra o para

-No diga pendejadas mamá, ¿qué tal si la pillan



los patrones?

Dejé a Myra con mi madre y me interné en los matorrales donde me esperaba el trabajo de campo. Ese trayecto sola de la casa al campo me llenaba de felicidad. Ensimismada en mis pensamientos no me percaté que Luis caminaba conmigo.

-Deberías caminar más despacio. Recuerda que estás preñada.

-¡Uy! ¡Qué susto, hombre! Tú podrías espantar hasta a los mismos demonios!

Luis sonrió mostrando unos escasos dientes amarillos. Su semblante juvenil y su mirada penetrante me inquietaron.

-Aléjate de mí, no quiero estar en la boca de las viejas chismosas del pueblo.

-Que se vayan enterando quién es tu verdadero macho y el padre de tus ...

-¡Cállate, mal parido! No me hagas esto....

-¿Cuándo vas a dejar a Félix? Él sólo lo te maltrata y te usa para que hagas su trabajo en el campo. ¡Y encima tener que atenderlo al infeliz!

-¿Qué más puedo hacer? Si me voy de la casa, seré señalada y apedreada por la gente del pueblo. El cura ya me lo advirtió, tengo que obedecer a mi marido y continuar con él hasta que...

-“la muerte los separe,” ¿verdad? La Iglesia Católica y sus estúpidas reglas. Yo seré un campesino ignorante pero no creo que sea justo para ti o para cualquier otra mujer soportar a un haragán sólo porque así lo dicen esos hombres que se persignan y que usan vestidos como las mujeres.

-¡Esos hombres son curas! Predican la palabra de Diosito.

Me persigné y sin querer se movió el pañuelo que me cubría la cabeza y parte del rostro mostrando mi mejilla izquierda, toda morada. Félix se detuvo enfadado:

-¡Ahora mismo voy a matar a ese maldito!- y se alejó sin escuchar mis súplicas.

Lo que sucedió después es muy confuso e inexplicable. Aún me cuesta aceptarlo; es más, yo sólo repito lo que otros me contaron: que Félix murió de una puñalada en el pecho, sin palabras ni reclamos. ¿Nunca supo que él no era el padre de mis hijos, Luis? Nunca más supe de él. Unos dicen que después de la pelea quedó tan mal herido que se dejó vencer por el cuerpo y cayó al río muriendo ahogado. Otros dicen que huyó a otra región de España. Lo cierto es que cada año, el día de la siembra yo recibo un sobre con algo de dinero y una frase muy sugestiva que dice: “ ¡por tu cosecha, Antonia!”



Silvia Rey es ecuatoriana. Ha publicado la novela *Veleta* y el libro de crítica: *La Construcción de la Noticia: Corrupción y Piponazgo*, (Universidad Andina Simón Bolívar). Actualmente prepara su M.A. en Literatura Latinoamericana en Queens College, CUNY.

MÓNICA¹

Rojo Robles Mejías

Mónica está instalando su camarita de video digital en un trípode. Su acciones denotan un desconocimiento del medio tecnológico, una torpeza y, por qué no, vergüenza de persona que se formó utilizando polaroids y cámaras desechables. La actriz debe aprovechar estos primeros momentos para improvisar con la incomodidad del asunto, tocar botones incorrectos hasta que se logre la codiciada grabación y se siente en una butaca puesta al frente para la ocasión. Estas acciones iniciales no deben extenderse demasiado.

Mónica: Esta tarde me van a quitar los cordales. Tengo cita con un cirujano maxilo-facial. Con su anestesia el Dr. Ramírez escarbará en mis encías para sacar la anomalía... (pausa) Esta es la primera entrada que hago en mi diario de video. Mi hijo, que estudia su doctorado en New Hampshire, me dijo que era una buena idea... “Mami, no puedes estar en la casa callada por horas y días. Tienes que hablarle a alguien, aunque sea a una cámara”. Yo le dije que me entretengo en el Internet jugando a mi granja virtual, pero él me argumentó que eso no es suficiente, que tengo que sacarme las cosas de

la cabeza, que si no, me volveré loca. ¡Qué ideas las de mi hijo! Supongo que tiene razón...

No me duelen los cordales. Así es. Repito. Mis cordales están durmiendo una siesta. Tú, camarita, dirás: y por qué se los va a sacar, por qué dejará que toquen la intimidad de su boca. Y aquí entra la sabiduría popular, de la cual tú, camarita, no sabes nada: “es mejor prevenir que tener que lamentar”. Yo tengo cuarenta y ocho años y siento que mi boca está en una de sus mejores épocas, si no en la mejor: labios carnosos, lengua coqueta, dientes afilados, pregúntale a mi marido que disfruta de mí, pregúntale...aunque claro, Robert está en Orlando y de aquí a que me pueda tocar pasará mucho tiempo... nada, lo que quiero decir es que puede pasar que a los cincuenta y dos esos cordales puedan hacer una visita a la superficie, desfigurar mi dentadura, cambiar el aspecto de mi quijada, darme una fiebre alucinante, coño, afearme desde el dolor. ¡No, no y no! Yo me los quito ahora, en pleno goce de salud y me evito el dolor tardío con un dolor temprano y elegido...

Ay Dios Santo, se me había olvidado: camarita mi nombre es Mónica Reyes. Soy coordinadora

¹ Esta pieza corta fue escrita en Brooklyn para Kairiana Núñez, camarada del teatro y la vida, en colaboración con su montaje *En construcción* presentado en octubre de 2010 en la Sala Teatro Beckett en Río Piedras, Puerto Rico.



Kairiana Núñez en su performance En construcción. Foto: Ricardo Alcaraz

educativa de la Oficina de Economía Popular del Estado Libre. Mi esposo se llama Roberto Carlos y mi hijo Roberto Utuado, sí, Utuado, como el pueblo...es que Roberto Carlos y yo lo concebimos en ese municipio, en un parador bien bonito que está al lado de una cascada. Fue una noche hermosa llena de coquíes y morivivies, llena de secreciones y ardor. Roberto Carlos estaba entrado en tragos y me cogió de sorpresa mientras yo preparaba un pollo guisado. Allí mismo en la cocina me trancó. Yo le decía “no, aquí no, Robert, aquí no”, pero él, empeñado y borracho. ¿Tú te imaginas camarita?

Ese Roberto cual macho cabrío saltando sobre lo que es suyo, chupando estas tetas, mordiendo mi barriga...

(Sigue riendo consigo misma. Pausa. Se controla)

Roberto Utuado me llamó anoche y me pidió consejos de amor. Es la primera vez que lo hace. Me contó que tenía una cita con una muchacha afro-norteamericana que se llama Angie y que estaba nervioso. Lo primero que le dije fue que no fuera un cafre avaro. Lo barato es una ilusión. Nada en esta vida que merezca la pena es barato. Imagina camarita que un muchacho invita a cenar a una chica, le compra un hot-dog en una gasolinera, beben vino de cocinar, la monta en un carro sin aire acondicionado, van a un cine donde las películas ya son viejas y le regala un collar de perlas falsas. Ese muchacho pensando que ahorró un par de dólares en su cita, se da cuenta luego que ese chochito precioso nunca será de él. Sus gastos fueron en vano y botó su dinero. Sin embargo, si ese mismo muchacho hubiera tenido un carro decente, una buena botella de oporto, taquillas para una obra musical, una cadenita de oro, estaría nadando en las aguas dulces de esa damita. Cierito que hubiera gastado, pero hubiera conseguido su objetivo. Eso le dije a Roberto Utuado y él me contestó “Mami, tienes toda la razón, la llevaré al mejor de los restaurantes”. Yo le expliqué: “Robusto... a veces yo le digo así de cariño... Si un hombre de negocios compra un pasaje a las tres de la mañana viajando entre gansos y cacerolas de arroz con salchichas, ¿qué va a pasar cuando llegue a la ciudad de Nueva York?” Robusto me contestó “Mami su ropa va a apestar, no habrá dormido lo suficiente y no logrará cerrar el trato deseado”. Tan inteligente ese muchacho...

Otro ejemplo camarita, digamos que quiero ahorrar en los aspectos más cotidianos. Me robo el Internet del vecino por tanto se pone bien lento, mi tv sólo atrapa canales locales, vivo en una casa con goteras, en el gimnasio en

vez de pesas levantamos bloques... Es cierto que habré ahorrado, pero mi vida será una porquería... de eso sé yo, que trabajo en la Oficina de Economía Popular del Estado Libre...

Doy charlas en los municipios todas las semanas y no te imaginas la de gente que hay por ahí que piensa que esta recesión se va arreglar ahorrando en chucherías. No se dan cuenta que si compramos sabiamente, o sea si gastamos lo que nos toca a cada uno por productos de calidad, estaremos moviendo la economía de nuestra isla.

(Suena su celular. Mónica sigue grabando)

...Ay, perdón me están llamando *(coge el celular)*...hablando del diablo verde...Roberto Carlos, mi marido que viste y calza...Sí mi amor, aquí en la casa... hace calor pero no tanto, humedad, bochorno... tengo el aire prendido... con un suetercito... nada, empezando un diario con una cámara, ¿te acuerdas?, por lo que me recomendó Robusto... no, Robert yo nunca le voy a hablar al diario de ti... yo sé que tu vida es privada...ya, sí, ay por dios no seas tonto, el diario no se va a enterar que a ti te gusta darte la cerveza luego del trabajo, a menos que yo se lo diga, y yo no se lo voy a decir, prometido...claro que le eché agua a las matas, la gardenia esta más chula, bella, bella, lanzando su perfume...

Robert, te tengo que decir algo... anoche Sandunga le empezó a ladrar a los vecinos de al lado. ¡Que vergüenza esa perra!... sí, los de la Ford Explorer. Ellos me miraron más mal... yo no sabía dónde meterme, yo trágame tierra y Sandunga con un show horrible de perra desalmada... le puse un bozal y la amarré atrás, hoy no le voy a dar comida por cabrona...

Dime mi amor... *(pausa larga)* ¿Cómo que no vienes?... Tú sabes que Mami nos está esperando en Thanksgiving con el pavochón... Coño Robert, tú deberías revisar tus prioridades... no estoy siendo dramática...Robert, escucha, tu mujer lleva sola cinco meses y tú no puedes hacer el esfuerzo de venir ese fin de semana, estás cabrón... yo sé que tú estas trabajando y que gracias a ese dinero

Roberto Utuado está haciendo su doctorado, pero coño *(pausa, llora bajito)*... no, no estoy llorando *(se seca los ojos)*... vete al carajo Robert, ningún besito... tú sabes como es Mami, ahora me va a preguntar si nos estamos divorciando y ¿qué le digo yo, ah?... no, no es tan fácil... ¿en navidades? ¿Tengo que esperar hasta navidades para verte? *(llora un poco, molesta)* Mira, no puedo hablar contigo...no, no estoy llorando...bye, Robert... me llamas después... no quiero hablar de esto ahora, yo estaba tranquila contándole cosas a la cámara y me vienes a joder...no puñeta, ningún besito de despedida... ¿sabes qué tengo que hacer hoy? Voy a quitarme los cordales y tú no estas aquí para guiar, está cabrón... ¡Pa'l carajo Robert, no me tengas lástima!



(Cuelga, pausa larga, secándose las lágrimas)

Perdón camarita, qué vergüenza que tuvieras que ver esto... Yo leí en *Marie Claire* que las parejas que llevan más de veinte años de casadas necesitan renovar su amor con acciones pequeñas y pequeños sacrificios. Eso es lo que yo le pido a Roberto Carlos, un pequeño sacrificio, que saque ese fin de semana de Thanksgiving, que venga a Puerto Rico, que vayamos a cenar con mami y que cuando lleguemos a la casa, nos bebamos un vinito tinto, que me lleve a la cama, me tranque, y al otro día yo lo llevo al aeropuerto para que regrese a Orlando. Sencillo, nada del otro mundo. Pero no, él tiene que trabajar en unos informes, cojones... *(Pausa larga)*

¿Cómo será no tener cordales? ¿Los extrañaré?... Ya no quiero estar extrañando cosas. Ya basta. No quiero vivir la vida pensando en lo que no tengo. En el *Times* decían que nuestros lazos sentimentales se nutren de la carencia de afectos. Usaban esa frase: "lack of affection". La expectativa que tenemos de nuestras parejas está basada en ese querer encontrar en el otro lo que nos falta en nuestro mundo emocional. ¿Me faltará a mí un poco de egoísmo y de distancia y por eso lo busco en Roberto Carlos?

Yo tengo un alma necesitada y un fuego en mis partes nobles y hay días en que me dan ganas de tirarme a un constructor fuerte y mulato a ver si eso le hace gracia a Robert *(se ríe)*, que aprenda a no dejar lo suyo tirado por ahí... es mentira camarita, yo no podría hacerle eso, por más bueno que esté ese negrito con su pala. Soy una funcionaria del Estado Libre y tengo que dar el ejemplo después de todo... Tampoco puedo robar en las tiendas y Dios sabe que a veces me dan ganas: veo una lata de maíz y me la quiero llevar, un libro de pintar y ya lo quiero dentro de mi cartera. En esos momentos me digo: "Mónica, de esta manera no ayudas a la economía de tu país"...

Mari, una compañera de la oficina, se roba los cartuchos de tinta del printer. Yo no le digo nada porque se acaba de divorciar y eso la tiene medio loca, pero como esa costumbre continúe, se lo digo a la jefa. La oficina entera se está viendo afectada por su conducta: Cepeda está de brazos caídos orándole al señor por la salud mental de Mari. Manolo renunció para estudiar geografía. Feliciano se fue a Afganistán a pelear contra los árabes. Zenaida llenó su cubículo de fotos de su hijo... eso no es malo en sí mismo, yo tengo fotos de Roberto Utuado pero Zenaida



Kairiana Núñez en plena acción. Foto: Ricardo Alcaraz

tiene cuatrocientas treinta y cuatro fotos de Josué. Yo las conté el otro día. Eso es una obsesión y toda obsesión es un peligro para el alma. El que peor está es Centeno, que en vez de tramitar los contratos se pasa el día escribiendo historias de funcionarios que se enfrentan al Apocalipsis... Y todo porque Mari se roba esos cartuchos. El caos engendra el caos. Eso lo sabe nuestro gobernador que se esfuerza día a día por controlar este país indomable y fiero.

(Vuelve a sonar el teléfono)

Perdona camarita... *(leyendo el caller i.d.)* ¡ah, claro, ahora!... no lo voy a coger *(sigue sonando)* ¡Te aguantas, pendejo! Ya basta de esta mierda *(sigue sonando)*. Ningún, ningún... *(hablándole al teléfono sin contestarlo en realidad)* ahora vas a querer tener sexo telefónico para reconciliarnos: "Mónica qué llevas puesto, Mónica te extraño, Mónica te estoy quitando la falda, Mónica tu chochito es como una castaña"... pues no, te jodiste, esta vez no, el bicho mío te va a contestar Roberto Carlos, el bicho mío.

(Deja de sonar. Pausa larga, melancólica)

En el 1978 yo era joven todavía, una muchachita coqueta y llena de energía. Estaba en mi último año de administración pública. En ese entonces yo salía con un muchacho de humanidades guapo y prieto que se llamaba Abreu. Abreu era escritor, o eso decía porque yo nunca leí nada suyo. Al parecer era bueno, sus amigos cercanos lo elogiaban por sus poemas y cuentos pero a mí él no me dejaba leer nada. Él quería que lo quisiera por su persona y no por sus escritos... ¿eso es sospechoso verdad?, a lo mejor no era bueno en realidad, quién sabe, igual nunca publicó... Abreu era tímido y bastante atormentado, características que ahora no me gustan para nada en un hombre, pero que en el momento, de tanto leer a García Lorca, me parecían hermosas. Nosotros íbamos a un cine en Río Piedras que se llamaba El Majestic. Él sólo quería ver películas raras europeas. ¡Dios mío a mí esas películas, perdonando la expresión, me ponían más bellaca! Yo no entendía casi nada, pero bellaca sí que me ponían. Cuando se acababa la película yo

lo invitaba a mi apartamento en Santa Rita pero él siempre quería tomarse una cerveza para discutir el filme, como él le decía, en un chinchorro que se llamaba Toño Fuego. Mientras él monologaba sobre los significados ocultos, yo le tocaba los muslos, le daba besitos en el cuello, le tocaba los brazos peludos, los rizos, pero él habla que habla... al final yo me aburría, lo dejaba solo y me iba a casa de Sandra Lee en la calle Madrid a beber ron y a contarnos las penas.

Una vez, luego de ver alguna locura de Buñuel, yo no me pude contener y le dije: "Cállate Abreu, a nadie le importa la poesía de unas ovejas en una sala atestada de burgueses" y en su carro le bajé el zipper y hacia allí fui a mamar. El chico gozó como nunca había gozado. Pasamos dos meses encerrados en mi apartamento haciendo el amor sin ir a las clases. Por supuesto, yo a veces salía a comprar una que otra cosa para comer pero volvía rápido al dulce amor... Abreu, entregado a los placeres, descubrió que le encantaba usar heroína porque "lo llevaba a un lugar donde su ego no lo dominaba". Si yo salía a comprar comida, él aprovechaba para comprar droga en Capetillo. A mí eso de la heroína no me gustaba, yo era más de tomarme una cerveza o un roncito con coca cola y cantar canciones de Juan Gabriel a plena voz...

Una tarde decidí ir a mis clases porque no quería perder el semestre y cuando regresé por la noche Abreu estaba sin vida con una jeringuilla incrustada en el brazo... sobredosis. No parecía que estaba muerto, más bien que se había dormido y que su sueño era más hermoso que la realidad de Santa Rita. Yo me deprimí mucho y lloré a mares pero no me di de baja. En esa tristeza profunda conocí a Roberto Carlos. Robert era de mi departamento pero yo nunca le había hablado, no sé por qué la verdad... Quizás porque era un nene blanquito de Guaynabo. Él me ayudó a estudiar y pasar mis exámenes finales.

Al principio nuestra relación era muy sana pero rápida. Como suele pasar entre hombres y mujeres, él quiso meterse en mis pantalones. Al principio yo

no quise y lo hice sufrir mucho. Él me decía que me amaba, yo le contestaba que dejara esas ridiculeces románticas. Pero luego cedí. Una vez que me gradué, y quizás por puro agradecimiento, en una fiesta muy loca, Robert estaba entrado en tragos y allí mismo, en el baño, dejé que me trancara. Un tiempito después él me pidió que nos casáramos y como a mí, de tan triste, me daba igual casi todo en esta vida, le dije que sí. Una renuncia como cualquier otra, aunque ahora me doy cuenta que le debí decir que no. Igual es demasiado tarde ya.

En resumen, yo empecé a trabajar en el Departamento de la Familia y poco a poco me fui moviendo en el gobierno hasta mi puesto actual. Nació Roberto Utuado, el niño más hermoso del planeta. Nos mudamos a esta urbanización y así, como cualquier persona del pueblo, altos y bajos, dimes y diretes, vacaciones, préstamos, carros y tapones... A veces me pregunto cómo sería mi vida si Abreu siguiera con vida, ¿todavía estaríamos en ese cuarto colmándonos de amor? Yo no sé, es mejor no pensar en esas cosas tristes ¿Para qué?

(Suenan una alarma en el teléfono)

Es hora camarita... *(hablándose a sí misma)* Mónica, es hora de ser valiente, al cirujano maxilo-facial... *(a la cámara)* tú no vas conmigo. Eso va a ser grotesco. Tú te quedas en casa... ¿Me pondrán esas batitas azules con las nalgas por fuera? Ojalá, a lo mejor así conquistó al Dr. Ramírez. ¡Tan guapo ese prieto chulo!... *(Suenan el teléfono, lo coge)* Robusto, mi amor no puedo hablar ahora, tengo que quitarme los cordales... nene porque sí... porque es mejor ahora que después... además me van a recetar un montón de Percoced... si me sobran te envío unas cuantas... ¿hoy es tu cita? Ay Robusto qué emoción, mi hijo con una afro-norteamericana. Mi amor dile cosas bonitas al oído, no te pongas muy pesado explicándole cosas aburridas de tu doctorado, hazla reír, tócala con dulzura, ella es una reina, ábrele las puertas, tomen martinis y compra mi amor, cómprale todo lo que ella se merece... no te emborraches como tu padre... que te vaya bien, un beso, si no la puedes trancar hoy no te desesperes ni hagas papelones, la trancas otro día.

Cuelga. La cámara sigue grabando. Ella se queda en silencio mirándola abstraída como si un molote de fuerza sobrenatural la hundiera en el sillón. Cuando sale del trance apaga el aparato. Vuelve a sonar el celular. Esta vez ni siquiera mira quién es, lo deja sonando mientras sale. Apagón.

Rojo Robles Mejías es un artista multidisciplinario, escritor y editor puertorriqueño que vive en Brooklyn. Colabora con varias publicaciones digitales como periodista cultural. Es director del proyecto escénico y editorial "El kibutz del deseo". Recientemente publicó su primera novela *Los desajustados*.

